

RESONANCIAS DE UNAS CARTAS DE GABRIELA MISTRAL A PEDRO PRADO

Ana María Cuneo
Universidad de Chile
Departamento de Literatura

La publicación de este Epistolario¹ posibilita una nueva vía de acercamiento a la autora, e implícitamente también a su destinatario.

El libro representa un extraordinario avance en la investigación literaria, específicamente en lo que se refiere al conocimiento de la persona, evolución poética, apreciaciones críticas y preferencias literarias de Gabriela Mistral.

Pero no sólo esto. Como se afirma en la introducción:

“Las 36 cartas de Gabriela Mistral que hemos reunido, abarcan un período de veinticuatro años, desde 1915 a 1939. Aunque sólo conocemos su lado del “diálogo”, la riqueza del contenido permite reconstruir el ambiente entero, con todas sus facetas históricas, sociales, literarias y personales” (p. 11).

Desde hace años el profesor Luis Vargas ha sido uno de los estudiosos que ha puesto su sabiduría al servicio de la recuperación de una escritora a la cual en el año 1985 yo me refería como “una gran desconocida” y que felizmente hoy está siendo cada día más valorada en su auténtica dimensión.

Tras este Epistolario, hay una tarea de equipo inestimable. La recopilación de las cartas, los comentarios rigurosos, el enorme acopio de datos, sometidos a una sabia selección de lo que era realmente pertinente para la lectura de unas cartas que no se bastan a sí mismas. Cartas que por su peculiar forma de expresión, el silencio de las opiniones del “otro” del diálogo, necesitan el apoyo del contexto que las ubique en su real dimensión. Cartas que aportan, entre tantos otros asuntos, las reflexiones de la autora en su etapa teosófica, los comentarios negativos que le despierta el feminismo y cómo concibe ella lo femenino propiamente tal.

De los muchos comentarios que el libro me suscitaría, me detendré solamente en los aspectos que son los que más fuertemente me tocan, es decir, aquellos que dialogan con lo que es y ha sido mi reflexión de largos años sobre la obra de Gabriela Mistral.

1. El género epistolar;
2. El testimonio que estas cartas dan de su período de formación, y
3. La actitud receptora de obras literarias, especialmente las de Pedro Prado.

1. EL GÉNERO EPISTOLAR

Como se afirma en la Introducción “consiste en un supuesto diálogo donde dos personas se turnan para monologar” (p. 11). Diálogo en el cual el emisor del discurso potencia a éste, de modo que al leer imaginamos al tú en acto de recepción de lo dicho.

¹ Vargas, Luis; Martínez, M. Ester; Valdés, Regina. *En batalla de sencillez. Epistolario de Gabriela Mistral a Pedro Prado*. Santiago de Chile. Ediciones Dolmen, 1993, 172 páginas.

Desde la escritura de estas cartas, surge mágicamente el modo de comunicación quizás más propio de Gabriela Mistral. Pienso concretamente en esa nostalgia de oralidad que penetra toda su obra. No en vano varias veces se alude en el epistolario al efecto que en ella produjeron las escasas ocasiones en que conversara personalmente con Pedro Prado. Incluso, su última carta, la del año 1939, es calificada por la autora como "esta conversa". El tono de sus cartas, pese a la admiración que el escritor despierta en ella es, sin duda, coloquial. Ese tono que en su artículo "El oficio lateral" la hace recordar que en 1905 su libro mayor de entonces fue Montaigne:

"me fascinó para siempre el hombre de la escritura coloquial, porque realmente lo suyo era la lengua que los españoles llaman conversacional. ¡Qué lujo fue, en medio de tanta pacotilla de novela y novelones, tener a mi gran señor bordalés hablándome la tarde y la noche y dándome los sucedidos ajenos y propios, sin pesadez alguna"².

Lo conversacional penetra también, por múltiples vías su obra lírica. Así, en el uso del lenguaje al modo en que se hablaba en el interior del valle del Elqui (por ejemplo, el verbo "abajar") los neologismos (como "aupar"), la persistencia de los moldes orales de expresión como el romance, las formas letánicas del ritual religioso, de los Salmos bíblicos, etcétera.

Por último, su deseo de escribir poesía para los niños, expresado en el *Epistolario*, porque en general la que se les entrega no le parece adecuada. Poesía que podemos suponer son rondas y cantos que ellos puedan llevar a acto pleno en la realización oral. Por otra parte, no otra cosa que lengua conversacional es lo que la Mistral despliega en los *Recados* y en el *Poema de Chile*, poemas que no he dudado en calificar como la conversacional transubstanciado en hecho poético. A todo esto cabe agregar lo dicho en la carta de abril de 1924 en que cuenta a Prado que dio en la Biblioteca Cervantes en México, una "conversación sobre Ud.", conferencia que promete enviarle, y cuyo objetivo fue:

"que lean su libro los que no lo conocen todavía, una conversación no para los mejores, que lo conocen bien y lo estiman profundamente, sino para los que lo han leído en fragmentos de revistas" (p. 12).

Esta oralidad que en alguna anterior reflexión sobre Mistral, he llamado residual, es la que se da en culturas escriturales, pero que por diversas causas persiste como vigente al interior de ellas. Oralidad que en la autora tiene causas biográficas. Las canciones cantadas por su madre, las narraciones folklóricas que escuchó de algunos viejos de aldea y la Biblia que le recitaba de memoria su abuela paterna. Todo esto explica el extraordinario valor que la autora da al "contar" y que puede ser el impulso que la lleva al increíble y constante ejercicio del género epistolar.

En este aspecto, como en tantos otros, Gabriela Mistral es una adelantada. Hoy los estudios sobre la oralidad han adquirido gran importancia y la oralidad "residual" penetra la escritura de un enorme número de los escritores actuales.

Lo coloquial, la lengua conversacional es medio adecuado para penetrar y formar la mente y el corazón. La experiencia debe preceder al conocimiento conceptual. Afirma Gabriela en un notable texto:

"por entrar a los libros a los diez años contando ya con una muchedumbre de formas y siluetas legítimas a fin de que no se amueble la mente de nombres sino de cosas: cerro, vizcacha, guanaco, mirlo, tempestad, siesta"³.

² Mistral, Gabriela, "El oficio lateral". En: *Páginas en prosa*, 1ª edición, Buenos Aires, Editorial Kapeluz, 1926, pp. 4 y 5.

³ Mistral, Gabriela, "Infancia rural", 1928. En *Magisterio y Niño*. Recopilación de Roque Esteban Scarpa. Santiago, Andrés Bello, 1979, p. 57.

Esta reflexión permite también comprender lo que para Mistral será adecuada actitud receptora de la obra literaria y el tono de los comentarios que a ella le despiertan.

2. ESTAS CARTAS SON TESTIMONIO CONCRETO DE SU PERÍODO DE FORMACIÓN

Lo que en el Epílogo del *Epistolario* se denomina tan acertadamente proceso de transformación que va desde Lucila Godoy a Gabriela Mistral.

Las cartas cubren el período de 1915 a 1939, pero aparentemente la correspondencia se interrumpe en 1927, para cerrarse con una única carta escrita desde Arles en 1939. Período de formación de la autora en que sus lecturas, su contacto con intelectuales, sus viajes al extranjero y sus nuevas tareas van decantando su persona, cambiando el signo de su tarea de maestra. La vocación pedagógica se expande, la torna transmisora de cultura a través de textos que tienen por objeto formar el gusto, ampliar el campo del conocimiento, difundir conceptos estéticos y éticos; y, por último, dar el lugar que le corresponde a América Latina en el panorama de la cultura universal.

Un período de formación que puede parecer relativamente largo si olvidamos que la autora proviene del interior del Valle de Elqui y que nunca accedió a formación universitaria. Período que en mis estudios sobre su poética (coincidiendo con lo postulado en los Comentarios al *Epistolario*) yo hago culminar en el año 1938 con la publicación de su libro *Tala*, que en mi concepto corresponde a su primera obra de madurez lírica. De hecho la carta de 1939 alude a que sus años

“de aprendizaje, del aprenderlo todo, desde escuelería a oficio de escribir, fueron de lidia diaria y me gastaron las fuerzas antes de tiempo” (p. 155).

Y más adelante afirma:

“viví alejada de una patria que nunca me quiso o que llegó a tolerarme una vez que el coro latinoamericano me alababa... Me he hecho mi nombre a puro pulso de escritor. Ni título de maestra tuve durante años, y así me negaron la sal aquellos colegas que sólo consideran válida a la criatura que ostenta cartón —el odioso diploma, que a veces se me ocurre gemelo a la marca quemada sobre una grupa...” (p. 155).

De este período de formación se marca muy fuertemente en el *Epistolario* su reticencia a publicar un volumen de poemas. Sabemos que tuvo en mente un libro que se habría titulado *Suaves decires*, pero en las cartas a Prado de 1916 hay numerosas afirmaciones que pretenden justificar su reticencia a hacerlo. Las Ediciones de Los Diez tenían el proyecto de publicarle un texto de poemas. Ella dice *que no da su libro* por prudencia, que hace sus versos y vacila, que tiene cantidad de poemas, pero que duda de su calidad. Cuando entrega tres para la Revista de Los Diez, pronto se retaca y desea retirar “El maestro rural” pretextando que en ella se ha producido un fuerte cambio poético.

En 1918, Guzmán Maturana le solicitaba un volumen de poemas, pero

“Se ha hecho en el último tiempo una evolución tan completa en mi pobre alma que me parece ajeno todo lo mío escrito hasta ahora”.

Su deseo es, según el comentario a la carta de diciembre de 1920, que sus escritos estén impregnados del sentir del momento que vive y que su lenguaje sea

“depurado y sencillo, altamente poético y espiritual, inspirado en Tagore, Azorín y J.R. Jiménez” (p. 76)

Presionada por Federico de Onís publica en Nueva York, *Desolación* libro que cierra con “El

Voto”, en que pide perdón por este libro amargo y promete a futuro cantar palabras de esperanza.

A propósito del libro escribe a Eduardo Barrios:

“Mi libro me tortura sobre todo, porque debería contenerme y no me contiene... algunos grandes motivos como ese de la Pasión están disminuidos y son una caricatura. Lo único dicho es el dolor de la muerte” (Comentario a la carta de abril de 1924, p. 118).

3. ACTITUD RECEPTORA DE GABRIELA MISTRAL EN CUANTO LECTORA DE LAS OBRAS DE PEDRO PRADO

Si bien es cierto no hay una crítica explícita, dejan siempre translucir el efecto que en ella producen. En segundo lugar, cuando quiere difundir las obras de Pedro Prado su situación es clara: hacer cultura en América Latina... y esto, pienso, es una forma elevada y muy actual de hacer crítica literaria.

Sobre estas materias el *Epistolario* abunda en información, así:

“Los jóvenes que escriben hoy en Chile ignoran que tienen en usted ya un maestro i sería la mayor de mis satisfacciones aprender en usted sobriedad, alta originalidad, profundidad i cuántas cosas más” (junio 1915, p. 22).

En noviembre del mismo año escribe a Prado:

“Está de más decir que este afán de Barrios, de Cruz i de otros porque se escriba sobre su libro no mira su interés sino el de los gustos del público que ha depurarse ¿qué agrega al valor de su obra la loa? Pero es un libro “Los Diez” como “Los pájaros” que aún a machetazos de encajarse en las cabezas de los mozos enfermos de literatura compleja y sucia” (p. 25).

En 1923 ha aceptado, pese a considerar que no tiene condiciones de crítico, el encargo de hacer una Antología de Poetas Chilenos Contemporáneos, por el deseo de dar a conocer la poesía chilena que es ignorada en España y América.

La tarea difusora de cultura se consolida con su nombramiento de Secretaria de la Liga de las Naciones en 1925 con sede en Francia y de delegada al Instituto Internacional de Cooperación Intelectual en 1927.

Funda la Colección Clásicos Iberoamericanos. En todos estos niveles su deseo es difundir información sobre América (carta 1926).

En esta tarea adquieren importancia las ideas que la obra propone, la espiritualidad que ellas conllevan. En cambio, en la experiencia receptora lo que prima es la vivencia que la obra despierta. Por ejemplo, lee diariamente a Rodó para hacer meditación. *Los Diez* de Prado han ganado su corazón. Hay libros que se hacen carne nuestra. Que producen un diálogo entre creador y receptor (Comentario carta diciembre 1915, pp. 33 a 36).

Lee con deleite las obras de Prado, le hacen bien. *Los pájaros errantes* es un libro hermoso. *La casa abandonada* una obra maravillosa, su prosa, magistral. Es una obra que estudia y admira devotamente.

Los Diez obra definitiva y de acabada belleza.

En 1925 cambia su modo de aproximación crítica. Siempre insegura y autocrítica, destaca con notable lucidez los valores del poema dramático *Androvar*. *Androvar* es un texto que recoge las inquietudes y búsquedas del hombre de su tiempo. Alteridad, angustia de ser en el límite, problemas que son tema de la meditación filosófica existencial. Dice Mistral:

“El motivo es superiorísimo (...) trae Ud. con él a Chile la nueva literatura de ideas, que aquí no se ha hecho; sigue Ud. enseñándonos a todas cosas nuevas. Es libro mui noble, mui alto” (p. 142).

En estos años su apreciación estética se ha consolidado e incluso se ha hecho original... para ella la obra de arte transmuta la realidad cantada, así la Cartuja de Mallorca mirada y poetizada por Darío ha cambiado en su entidad para siempre (p. 132). Y lo mismo ha ocurrido con los lirios, pinos y cipreses pintados por Van Gogh en el sanatorio de Arles. Dice:

“Sigue todo igual a como lo dejara, es decir, absolutamente cambiado para siempre” (p. 156).

También su admiración por Pedro Prado ha evolucionado:

“No tengo yo la paz de Prado. Y aún por más que le admiro mucho, tampoco quiero tenerla. La abstención de la vida por voluntad de pureza total no me convence” (p. 168).

Prefiere los embadurnados albañiles de una construcción a los intelectuales *comme-il-faut*.

“La vida, como la tierra, es cosa que altera y descompone y afea y yo quisiera ser un albañil hasta los últimos días” (p. 168).

La Mistral se encuentra a sí misma y sus valoraciones van por la vía de la experiencia del mundo y no por las abstracciones intelectuales.

Para concluir, quiero destacar en su actitud de recepción, la constante relectura que hace de los textos que a ella la tocan en profundidad. En las cartas hay múltiples testimonios de esto. Por tanto, no sólo aproximaciones a lo que es la literatura, a su finalidad, no sólo crítica temerosa, sino un verdadero modelo de acercamiento, una metodología. Dice un teórico contemporáneo, Michael Riffaterre que desde el último verso se puede leer el primero, es decir, sólo la lectura reiterada va develando la belleza, el sentido y la plenitud de la obra de arte.

Pido perdón a los autores por no hacer loas, tampoco a la Mistral le gustaban, he querido mostrar más bien que el Epistolario y sus comentarios incitan a una reflexión personal profunda.

En lugar de alabanzas, un muchas gracias a sus autores y a todos los que colaboraron para que este extraordinario libro fuera posible.